El bucle temporal

La alarma sonaba a las 7:00 en punto. Es hora de ir a clase. David abría los ojos con dificultad, arrastraba los pies hasta la ventana de su cuarto y abría las cortinas. Abajo, en la calle principal de la ciudad, empezaba lo de todos los días.

A las 7:05, el hombre del abrigo gris paseaba a su perro blanco. A las 7:12, la furgoneta azul de la panadería aparcaba al lado del contenedor y el repartidor cargaba dos cestas llenas de barras. A las 7:20, la chica con la sudadera roja y con los cascos puestos pasaba corriendo hacia la parada del bus, justo antes de que este frenara a las 7:21.

Al principio, David no le dio importancia. Pero pasaron los días y eso mismo seguía pasando de la misma manera. La misma gente, las mismas cosas, los mismos movimientos. Todo igual. David no entendía nada. ¿Cómo era posible que todo pasara exactamente igual todos los días? ¿Por qué nadie más parecía darse cuenta?

Para un adolescente de dieciséis años que está acostumbrado a jugar a la Play, mirar el móvil y a que todo pueda cambiar en cualquier momento, esto le estaba dando muy mal rollo. David se pasaba horas pegado al cristal de la ventana de su cuarto, analizando cada movimiento como si le fuera la vida en ello, fijándose en cada detalle a ver si por fin algo cambiaba.

—Están atrapados en un bucle temporal —se decía a sí mismo, medio de broma pero asustado, mientras se comía las uñas y seguía sin comprender qué estaba pasando.

El agobio fue a más y la calle dejó de parecerle un sitio normal. Sentía que si salía de casa se iba a quedar encerrado en ese bucle para siempre. Empezó a poner excusas a sus amigos para no salir de casa y se encerraba en su cuarto durante todo el día. Su habitación se convirtió en su cueva y la ventana, en una pantalla donde veía una película de terror todos los días.

Un martes, después de tres semanas sin pisar la calle y con los profesores de su instituto a punto de suspenderle por no haber entregado nada, pasó algo que le rompió la cabeza. El repartidor de la furgoneta azul se tropezó con una baldosa rota a las 7:12 y se le cayeron todas las barras de pan al suelo. El perro blanco empezó a ladrar sin parar y tiró de la correa que el hombre vestido de gris sujetaba. La chica de la sudadera roja frenó en seco para echarle una mano con el pan al repartidor, y el autobús pasó de largo tocando la bocina enfadado.

David se quedó helado mirando el cristal. El «bucle temporal» se acababa de ir por completo en un segundo. Si vivían en un bucle de verdad, ¿cómo demonios había pasado esto?

David se quedó pensando durante unos segundos. Y de repente se dio cuenta de todo. Lo que veía a través de la ventana de su cuarto no era ningún bucle, era simplemente la vida de la gente, sus rutinas. La gente madrugaba, cogía el mismo transporte, compraba en el mismo sitio y caminaba por la misma acera a la misma hora porque trabajaban y cada uno tenía sus horarios. Eran los hábitos de la gente de una ciudad completamente normal.

David miró hacia la ventana de su habitación, por la que siempre había estado mirando todo. Llevaba semanas sin abrirla. Le temblaban un poco las manos, pero la curiosidad ganó al miedo. Dio un paso al frente, abrió la ventana de par en par y dejó que el aire fresco de la mañana le diera en la cara de golpe. Olía a pan recién hecho y se escuchaba todo el tráfico.

Se puso las zapatillas, cogió la chaqueta y bajó las escaleras corriendo. Salió de su casa y, al abrir el portal, la luz del sol le cegó durante un segundo. Miró a su alrededor: la calle no era ningún bucle, sino un sitio vivo, lleno de movimiento y de gente que iba a lo suyo.

Cuando el repartidor de pan pasó otra vez por su lado y le saludó con la cabeza, David le devolvió el saludo y le sonrió. Al final se quedó pensando en lo tonto que había sido por culpa del miedo, y entendió que para darse cuenta de las cosas hay que salir de tu habitación y atreverse a cruzar la puerta, no vivir todo desde una simple ventana sin mirar más allá.